

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 7 de la original publicación de

**BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA**

**LA NOVELA ÍNTIMA  
CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía de la  
bellísima estrella americana

**VIOLA DANA**

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 céntimos

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones,  
la tenemos cedida a la

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS  
Y PUBLICACIONES, S. A.,**

Barbará, 16, BARCELONA.—Ferraz, 21, MADRID,  
y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER, MONERA.—TOPETE, 10.—TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 170

25 cts.



**MADAME  
DUBARRY**

POR  
**POLA NEGRI**  
y **HARRY LIETKE**  
**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 170

---

## MADAME DUBARRY

PRECIOSA SUPERPRODUCCIÓN DRAMÁTICA

INTERPRETADA POR LOS CÉLEBRES ARTISTAS  
ALEMANES

POLA NEGRI, HARRY LIEDTKE,  
EMIL JANNINGS, ETC.

PRODUCCIÓN DE LA U. F. A.

DIRECCIÓN ERNESTO LUBITSCH

EXCLUSIVA DEL

PROGRAMA VERDAGUER

CONSEJO DE CIEN TO 290.

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
LUCIANO ALBERTINI

---

# Madame Dubarry

---

Argumento de la película de dicho título

---

Las damas de la corte de Luis XV no encontraban mejor modista que supiera hacer resaltar con sus galas su espléndida belleza que Madame Labille, maestra del más renombrado de los talleres de costura, y mujer de gran talento y espíritu comercial que había monopolizado la mejor clientela de París.

Sus vestidos eran tenidos como prenda de orgullo por las clientas y la etiqueta de su casa más de una vez había sido descosida y pegada a otra creación de modista mediocre para dar fama y "épater" a las amigas haciéndolas creer que era una de las creaciones de Madame Labille.

En aquel siglo de lujo y galantería, una costurera con arte y habilidad bastantes, podía reunir una fortuna considerable.

Era una de las especialidades de la casa los

sombreros que lanzaba, por su refinada construcción y por las novedades y hechuras graciosas con que sabía combinar cintas y adornos.

Al marido de Madame Labille, ser anónimo que vivía de la fama de su mujer, le causaba gran satisfacción la próspera marcha del negocio, pues gracias a los buenos ingresos vivía tumbado a la bartola siendo su máximo trabajo el vigilar a las chicas y observar cuál de ellas perdía más agujas o aprovechaba mejor las gasas...

Figuraba entre las aprendizas del taller de Madame Labille, una muchachita pizpireta y graciosa de grandes ojos negros cuya picaresca mirada predisponía ya a su favor.

Llamábase Juana Vaubernier y eran para ella todas las atenciones de los estudiantes que rondaban el taller a la hora ¡ay! tan esperada de la salida que a veces por sarcasmo cruel se retrasaba hasta lo imposible...

Sin embargo, la alegría de Juana era enorme y su lengua nunca descansaba ponderando a sus compañeras la arrongancia y galantería de su novio, un simpático estudiante de medicina llamado Armando de Foix.

Oigamos su interesante relación:

—Amiguitas mías; bien sabréis que ayer era domingo... ¿no es cierto?... Pues, veréis cómo pasé el día... Me puse mi vestido nuevo y a las diez en punto ya me esperaba mi Armando tan guapo como siempre... Iba muy bien cepillado, recién afeitado, con sus botas lustrosas

y la corbata que le confeccioné birlando un retal de seda a la Madame.

Nos cojimos del brazo y fuimos por la orilla del río hasta un pintoresco rincón donde hay un parador muy discreto donde almorzamos en la mejor armonía...

Reímos, jugamos y luego, al regreso, muy



*... la alegría de Juana era enorme y su lengua nunca descansaba. . . . . POLA NEGRI.*

juntitos los dos, me fué hablando de su amor, de los proyectos para nuestra vida futura y de los vestidos y sombreros que estrenaré cuando él sea ya médico y cobre caras las visitas y haga curas maravillosas...

Alguna de sus amigas guiñó el ojo con gesto malicioso...

Juana prosiguió:

—...y aunque alguna de vosotras se ría de mis ilusiones, Armando me quiere y seremos felices aunque ayer tuvo un pequeño disgusto porque le dije que era mi sino ocupar una gran posición en Francia, según de niña me vaticinó una agorera que era amiga de mi madre... Pero yo lo que deseo es no separarme nunca de mi Armando, porque sabe querer con una dulzura que me embriaga y porque es alto, fuerte y tiene un mirar tan simpático y me dice unas cositas muy divertidas...

Rieron las compañeras las últimas palabras de la hermosa Juana y la maestra, al oír el estallido de las frescas risas juveniles temió por una distracción que echara a perder una de sus famosas creaciones y gritó:

—Pero, Juana, cállate por favor; siempre serás la más habladora del taller...

Y luego, recordando un encargo urgente, agregó:

—Prepárate, que irás a llevar un sombrero que lo está esperando la señora marquesa de Belfort.

Juana, que como todas las aprendizas, tiene verdadero empeño en permanecer en la calle todo el día si fuera posible, en un santiamén se prepara y previo unos momentos ante el espejo para arreglarse la fachada con unos cuantos brochazos, se despide de sus compañeras y sale a la calle...

Naturalmente, poco tarda en seguirla un viejo alegre que le ofrece llevarle la caja donde va encerrado el sombrero destinado a coronar la cabeza de la marquesa de Belfort, y Juana accede porque sabe que ningún peligro hay en dejar que el noble haga las veces de criado cargado con el estuche.

Y no deja de ser muy amarga la decepción del viejo conquistador cuando Juana, arrebatándole la caja con que ha ido cargado la mayor parte del camino, le dice, señalando a Armando de Foix que desde la ventana de su casa la estaba esperando:

—Caballero, muchas gracias; el joven que me espera es mi novio..

Y con una sonrisa pícaras que es de sobras una lección de galantería y una advertencia para días sucesivos, se despide del perseguidor de ninfas modisteriles.

Juana penetra en la habitación de su novio...

Durante aquellos momentos, los dos enamorados pueden dar libre expansión a su contenido amor...

¿Qué diremos de las mil ternezas, de las apasionadas caricias y de las dulces palabras de amor, que cambiaron en aquella media hora que les pareció un segundo?...

Era tan pura su pasión, que las palabras, medio veladas por la emoción, dejaban adivinar la llama que las hacía asomar a los labios, candentes aún por el beso que une a las almas, fundiendo los corazones...

De pronto, cortando una de las apasionadas endechas que Armando, poeta cual todo enamorado, la dirigía, Juana vuelve en sí como si despertara de un bello sueño...

—¡Pero, Dios de los dioses!... ¡Si ha pasado el tiempo como si el huracán lo llevara en su rápida carrera!...

Armando, queriendo engañarla, replica:

—No, mi vida; es temprano todavía... no me robes estos instantes que son los únicos en que mi corazón goza dulzuras inefables...

—¡Oh, no, Armando, no me seduzcas con tu voz tentadora!... Es hora de que este sombrero esté en casa de la marquesa de Belfort...

—Déjate de tonterías, nena — insiste Armando.

Pero Juana, que escucha la voz del deber, arguye:

—Pero, si según creo, esta señora lo espera para asistir a una función, y cualquier defecto que encuentre, ya ni tiempo material queda para subsanarlo...

Pero el amor es egoísta y el simpático estudiante no se resigna a perder aquellos instantes robados a la vulgaridad de la vida para ofrendarlos a la dicha inapreciable del amor...

Por fin Juana, con un gesto heroico, logra desasirse de los amantes brazos de Armando y sale a la calle, recordando con angustia la prisa que corre la entrega del sombrero...

Durante el trayecto, una nueva demora se interpone ante los pasos de Juana...

¡Pasa el Rey!

Y la muchacha se ve obligada a detenerse ante el regio cortejo, que la cierra el paso...

Preceden los batidores de la escolta, sigue la carroza desde la que el Rey corresponde sonriente a las aclamaciones de su buen pueblo de París...

...y luego el destino de Juana, que se presenta en forma del simpático y gallardo embajador español..

Don Diego de Mendoza, muy noble y linajudo señor, a quien España ha confiado su representación diplomática cerca de la corte de Francia, cabalga junto a la carroza real, cuando Juana, empujada por la gente, casi cae cerca de las patas del caballo, y si bien el embajador terciando hábilmente su montura evita que ésta la pisotee, no puede equivocar que la caja que contiene el sombrero vaya a parar bajo las patas y quede convertido en un verdadero montón de despojos lo que momentos antes era una obra maestra de las hábiles oficiales del taller de modas...

Juana pone el grito en el cielo relatando al embajador Don Diego que aquel sombrero lo estaba esperando la marquesa de Belfort y que al enterarse su maestra Madame Labille del destrozo, capaz es de matarla por haberla hecho perder una de sus mejores clientas...

Don Diego, haciendo honor a la fama de caballero que aureola a los de su raza, la tranquiliza:

—Nada temas hermosa chiquilla; yo hablaré a tu maestra y todo se arreglará a satis-

facción... yo me encargo de pagarlo todo menos tus lágrimas que valen más que las perlas más costosas...

Sonríe Juana ante la galantería y protección de que hace gala aquel apuesto jinete que de modo tan providencial se presta a interceder por ella.



—Nada temas, hermosa chiquilla; yo hablaré a tu maestra...

Cariacontecida y con los restos de la caja y el sombrero bajo el brazo, se presenta Juana en casa de su maestra, que frunciendo el ceño al adivinar la catá trofe ocurrida, la increpa:

—¡ Ah, bribona! ¡ Tarde y con daño!... Ya te

enseñaré yo a tratar con más cariño las obras maestras de mi casa...

Juana solloza desesperadamente, pero la oportuna llegada del embajador español hace cambiar la faz de los acontecimientos...

Don Diego, inclinándose ceremoniosamente ante Madame Labille, la dice:

—Perdone, señora... Mía es la culpa... Mi caballo causó este destrozo que siento doblemente, primero por ser una obra de arte de su importante taller y luego porque he causado hondo dolor a una criatura tan hermosa como su aprendiz...

Uniendo el gesto a la frase, Don Diego alarga a la maestra un bolso que contiene tres veces el valor del sombrero, por lo que el asunto queda zanjado, sin la menor protesta de Madame Labille.

Don Diego, que como buen español es un entusiasta admirador de las mujeres, no ha dejado de observar la belleza sin igual de Juana, a la que dirige halagadoras frases que producen impresión en el ánimo de la niña, por venir de tan elevado personaje y por ser pronunciadas con acento de cálida galantería, música tan adorada por todo corazón femenino.

Puso todo su empeño el embajador en cautivar a la hermosa aprendiz y, recurriendo a los ardides de su hablar persuasivo y a la larga experiencia en amorosas lides, exclamó mirándola fijamente:

—¿Y no es una lástima que unas manos tan

lindas deban estropearse trabajando para embellecer a otras mujeres?

Hizo mella en el espíritu de Juana esta frase que encerraba la protesta de toda mujer ante la adversidad del destino, que no la ha convertido desde el nacer en una de tantas mimadas por la fortuna...

Don Diego, juzgando el terreno preparado, aventuró su decisiva pretensión:

—Sería para mí un gran placer recibirla a usted en casa el próximo domingo... ¿Me honrará con su visita?

Juana ni afirmó ni negó, pero algo leería en sus ojos el simpático embajador, que alejóse complacido despidiéndose con una sonrisa de Juana y con una profunda reverencia a Madame Labille.

..

### ¿CUAL DE LOS DOS?

Llegó el domingo. Y Juana estaba pendiente de dos citas.

La otorgada a Don Diego y la que había prometido como de costumbre a su novio Armando...

¿Por cuál de los dos iba a decidirse...?

Ni ella misma lo sabía...

La llamaba hacia Armando el cariño antiguo y un verdadero amor puro e inocente...

Y la empujaba hacia Don Diego, esa vanidad femenina que hace que la mujer pobre deba

sacrificar su corazón entregándose sin amor al hombre que la ofrece dinero...

Perpleja, sin saber por quién había de decirse, acabó por confiar su decisión a la suerte.

Salió primero el nombre adorado:

¡ARMANDO!

Pero consultó una vez más y apareció el nombre del amante tentador, que ofrecía riquezas y lujo:

¡DON DIEGO!

Una vez más el destino diabólico y capricho o ha querido burlar al verdadero amante, al que sólo puede ofrecer una pasión sincera y mil desvelos, sin que pueda añadir unas relucientes monedas de oro...

No contaba Juana con que Armando la esperaba y querría pasar la tarde con ella...

En efecto, al dirigirse a casa de Don Diego se encuentra Juana con su novio al que engaña diciéndole, que va a casa del embajador español, a probarle un vestido a su señora...

Armando lo cree de buena fe y espera frente al palacio de Don Diego que su novia esté lista de la prueba.

Así pasaron las horas en una paciente espera...

Casi se arrepentía de no haber hecho caso a Juana cuando ésta le decía que se marchara y que ya se reunirían más tarde en el parque público...

Mientras Armando se entregaba al tormento de una espera angustiada que sólo conocen los que han amado de veras, la avisada mo-

distilla se embriagaba en el perfume elegante de los regios salones del embajador...

Este, para corresponder dignamente a la visita que la joven le hace, la obsequia con un refresco compuesto de exquisitas bebidas y refinados manjares...

Juana no cabe en sí de gozo, pues comprende, no exenta de razón, que son aquellos sus primeros pasos por la senda de la prosperidad que la depara el destino...

Pero una visita inoportuna suspende momentáneamente la galante merienda...

Aparece un criado:

—Señor, el Conde Dubarry solicita ser recibido por S. E. y dice que es urgente el caso...

No puede disimular su contrariedad el embajador, pero tratándose del Conde Dubarry, al que le une una verdadera amistad, da las órdenes para que sea introducido en sus habitaciones particulares.

Pero antes procura que Juana quede oculta tras un biombo para que no se aperciba el Conde de que se encontraba en tal alegre compañía...

Es el tal Conde Dubarry hombre de mundo, siempre alegre y hablador, que tiene la frescura por arrobas y que a pesar de que su situación financiera ofrece serios cuidados él sigue llevando su lujoso tren de vida...

Su carácter franco y su modo de ser jovial se muestra claramente en sus primeras palabras:

—¡Demontre! Dos cubiertos... Pues perdo-

nad si me invito a cenar, porque vuestra mesa es famosa en todo París...

Aunque Dubarry ha dejado creer que había dado una interpretación casual al detalle de que hubiera dos cubiertos preparados en la mesa del embajador, no ha dejado de adivinar que allí había gato encerrado y que el tal gato por fuerza había de llevar faldas...

Efectivamente, una rápida ojeada a la estancia le da la clave del secreto.

Por medio de un espejo descubre que, oculta tras el biombo, sonriendo tranquilamente y haciéndole burla, está la simpática modistilla, última de las conquistas de Don Diego.

Pero de momento Dubarry hace como quien nada ha observado y expone a Don Diego el verdadero motivo de su visita.

Dejémosle que hable:

—Mi buen amigo, me encuentro algo apurado de fondos y le cedo este crédito contra el estado si me facilita en el acto mil luises oro.

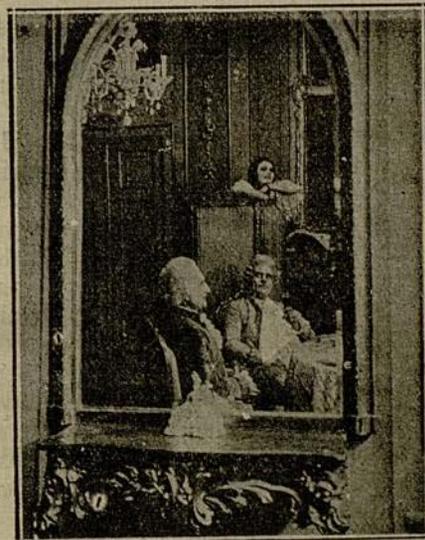
Accede Don Diego a efectuarle el préstamo que el Conde solicita, y éste, ya cumplidamente satisfecho, abandona la casa del embajador con sus mil luises en el bolsillo, no sin antes dirigir una postrera mirada a la encantadora Juana que sin recato le guiña el ojo correspondiendo así a su saludo.

En tanto, frente a la casa del embajador ocurre una chocante escena.

Cansado de esperar, el infeliz Armando se atreve a preguntar a un criado:

—¿Sabe si tardará mucho rato en bajar una aprendiz que ha ido a probar un vestido a la señora del embajador?

El preguntado suelta una estrepitosa carcajada que hiera cual puñal al enamorado jo-



*Por medio de un espejo descubre que, oculta tras el biombo, sonriendo tranquilamente...*

ven y exclama:

—Pero, infeliz... ¿No conoces a Don Diego? ¿Ignoras que el embajador es soltero?... ¡Si es tu novia, bien te la ha pegado... por crédulo!...

Pasaron unos días, y los jóvenes novios se encontraron por casualidad en el baile de la ópera.

Allí se hallaba Juana en compañía de Don Diego y allí había acudido también el Conde Dubarry que se apercibió en el acto de la presencia del embajador y de Juana.

Armando se encuentra también con Juana, que corre a lanzarse en sus brazos, trabándose un desafío entre Don Diego y Armando, que de una estocada deja sin vida al embajador...

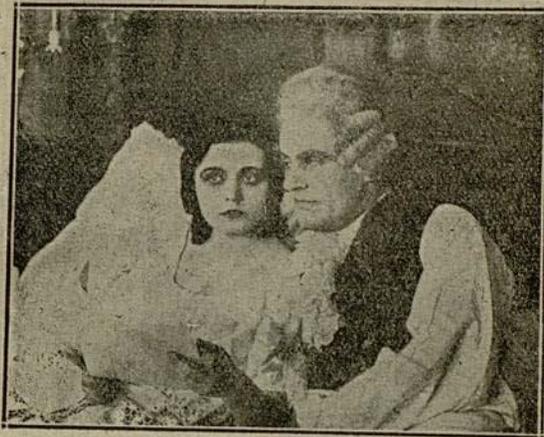
El astuto Dubarry aprovecha la ocasión en que Armando huye y Don Diego está tendido sin vida para apoderarse de Juana y huir con ella atemorizándola con que puede caer en poder de los gendarmes.

Así es como la paloma cae en poder del gavilán que tiene el propósito de utilizar su espléndida belleza para explotarla, uniéndola a sus planes de expoliación, y a su incesante afán de dinero.

El Conde Dubarry manda a Juana a su casa donde la joven queda prendada del lujo que allí reina.

Dubarry está encantado de su nueva adquisición y espera que Juana le allane el camino de la influencia política cerca del Rey.

El primer acto en que piensa utilizar la belleza de Juana es mandando a la joven a palacio elegantemente vestida para que convenza al ministro Choiseul de que le cancele un libramiento que posee contra el tesoro público y mediante el cual puede reunir una crecida suma de dinero.



*...y espera que Juana le allane el camino de la influencia política cerca del Rey.*

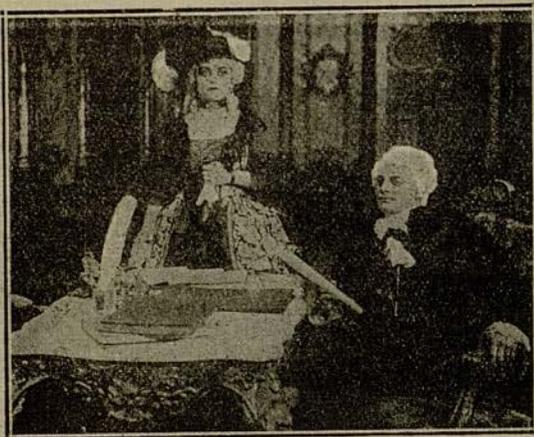
Pero no cuenta con la rivalidad que ha despertado en el corazón de la hermana de Choiseul que aspira a ser la favorita del Rey. En efecto, esta dama, que ostenta el título de Duquesa de Gramont, habla así a su hermano:

—Si como espero hoy se me declara el Rey,

nuestra influencia en la corte está asegurada.

Choiseul que, naturalmente, espera de la predilección del Rey por su hermana enormes ventajas, la responde:

—Yo te ayudaré y para que resalte tu belleza, alejaré a las demás damas de su lado... Así las miradas del Soberano serán únicamen-



*...mandando a la joven a palacio elegantemente vestida para que convenga al ministro Choiseul...*

te para ti.

Mas los planes de Choiseul vense frustrados por el designio del Rey, quien, celebrando que se encuentre en sus jardines una flor tan bella, recrimina a Choiseul el que haya inten-

tado apartarla de su lado, lamentándose en estas palabras:

—No extraño que el pueblo no me ame si a una mujer tan hermosa procuran alejarla de mi lado.

Sin embargo, Choiseul ha logrado que el Rey pierda la pista de la hermosa mujer, por lo que éste tarda mucho tiempo en volverla a ver...

Afortunadamente ocurre lo inesperado.

Casi cada noche la aristocracia se reúne en casa del Conde Dubarry a jugar, y allí es donde Labelle, un palatino, ve a Juana a la que el Rey le había ordenado buscar.

Labelle habla a Juana con la mayor galantería:

—Señorita, sé que cierta mañana fué expulsada de los jardines de palacio y el Rey quiere reparar la injusticia que en aquella ocasión se cometió con usted.

Y dando mayor gravedad a sus palabras, prosigue:

—Tengo orden de presentarla a S. M.

En apoyo de sus pretensiones, se dirige al Conde Dubarry al que suplica:

—Interceded para que esta joven acceda a ser presentada a S. M.

Esta proposición halaga la vanidad de Juana que ya se cree en camino de su franca popularidad.

El Conde Dubarry, por su parte, experimenta la mayor alegría, porque ve asegurada su influencia cerca del Soberano...

De ahí que con una profunda reverencia diga al palatino Labelle:

—Aconsejaré a esta hermosa joven que se presente en palacio ataviada con las mejores galas para que resalte debidamente su hermosura...

Al día siguiente el Conde Dubarry adiestra a Juana en las reglas de la etiqueta palatina para poderla presentar en palacio sin temor a que cometa una torpeza que pueda ponerlos a todos en ridículo.

Dubarry, que no es tonto, coloca en el escote de la hermosa Juana el libramiento contra el tesoro público a fin de que el Rey lo autorice con su firma y pueda de este modo obtener el dinero de que siempre está necesitado.

Juana es presentada al Rey al que hace la reverencia que pacientemente le ha enseñado a ejercitar Labelle, y S. M. tarda poco en darse cuenta de la estratagema ideada por el Conde Dubarry.

En efecto, al entreabrir el escote de la hermosa Juana, ve en él el pliego con el libramiento que seguidamente autoriza con su firma para que pueda hacerlo efectivo...

Con el rabo del ojo, Juana se da cuenta de que el Rey firma también la sentencia de muerte del estudiante Armando de Foix, condenado a la última pena por haberse batido con el embajador de España, y hábilmente cambia la arenilla de secar la firma por el tintero, produ-

ciendo un borrón que inutiliza por completo la sentencia.

Comprende el Rey que el incidente ha sido intencionado y con la mirada interroga a Juana.

Esta, sin inmutarse, le contesta:

—Perdonad, Señor, pero el desgraciado a quien condenabais es mi primo, y si se batió con Don Diego fué para defender mi honor.

Inmediatamente el Rey da orden a su primer ministro Choiseul de que sea absuelto Armando de Foix.

Juana, al ver entrar al ministro, y recordando que él fué quien la arrojó de los jardines de palacio, le dice con acento de profunda ironía:

—¿No me saluda usted, señor ministro?

Choiseul comprende la sátira pero calla, prometiéndose a sí mismo tomar cumplida venganza de la ofensiva actitud de Juana, que contando ya con la benevolencia del Rey, se permite la familiaridad de reírse del primer ministro, en sus propias barbas.

Al efecto de recobrar el terreno que Juana va robando a la hermana de Choiseul, éste, al llegar a su casa, la increpa, y al hallarla escribiendo la dice:

—Mientras tú escribes tonterías, otra te roba el afecto del Rey...

Pero la hermana de Choiseul le dice, enseñándole un papel:

—Me ocupo de escribir contra la Dubarry (nombre con que Juana empezaba ya a ser co-

nocida en París) y o poco he de poder o mañana cantaré esta sátira todo París.

En efecto, al día siguiente, al dar Juana su acostumbrado paseo por las afueras de la capital, se encuentra con un corro, en el que unos cantantes callejeros entonan esta sátira:

Juana que todo lo puedes  
y que con sólo una sonrisa  
logras que el Rey se dé prisa  
en colmarte de mercedes...  
Piensa que esta preferencia  
que tu vanidad tanto halaga  
es el pueblo quien la paga  
... y se agota la paciencia...

Roja de cólera recoge Juana los ejemplares que aun quedaban en manos de los vendedores y se los lleva para formular la correspondiente denuncia ante el Rey al que piensa exigir más respeto para su persona.

Sin embargo el vendedor había sido astuto, y apenas desaparecida Juana sacó un manojo de coplas que había conservado ocultas y exclamó, lanzando al aire su pregón:

—¡ Los últimos ejemplares, señores!

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, Armando de Foix era puesto en libertad por orden expresa del Rey.

El desgraciado joven ignora perfectamente que debe su libertad a la novia cuya traición ha maldecido más de una vez en la soledad del calabozo...

Juana se presenta al Rey agitando en la

mano la copla en la que se la ridiculiza y exclama indignada:

—No permanezco un momento más a tu lado, si no se castiga a los autores de esta copla.

Choiseul, que está presente y que se goza en la desesperación de Juana, replica con displicencia:

—Majestad, es imposible evitar la maledicencia del pueblo.

Comprende el Rey el mal disimulado rencor que se esconde en esta frase, y para castigar la idea de molestar a Juana que se adivina en las palabras del primer ministro, dice con autoridad en el gesto:

—Pues precisa hallar el medio de presentarla oficialmente en la corte para que nadie se atreva a insultarla...

Las palabras del Rey han preocupado hondamente a Dubarry que por fin halla la deseada fórmula.

Su hermano es igualmente Conde Dubarry, y casándola con él logra que Juana, la aprendiz de Madame Labille, ostente el título de Condesa Dubarry con el que es presentada a la corte oficialmente para que desde aquel día se la guarden toda clase de respetos.

A partir de su boda con el Conde Guillermo Dubarry, Juana frecuenta las fiestas palatinas, pudiendo permanecer siempre junto al Rey, en las grandes recepciones y otras fiestas.

Cierto día que Juana se hallaba en una de

las galerías de palacio mirando a los jardines, se apercibe de Armando de Foix que al salir de la cárcel ha vestido el uniforme militar, entrando en la Guardia Real.

Juana desea que Armando sea ascendido a oficial y es complacida inmediatamente por el Jefe de la Guardia, que extiende el nombramiento.

En tanto la hermana de Choiseul se ocupa de que el pueblo dé muestras de su aversión por la Dubarry consiguiéndolo en una ocasión y motivando un serio conflicto en que la guardia vese obligada a disparar contra los manifestantes que huyen en todas direcciones, dejando varios muertos junto a la verja.

Tal ha sido el resultado de la maniobra, de lo que se vale Choiseul para decir al Rey:

—Parece que el pueblo ha dado ya su desaprobación al nombramiento de la nueva Condesa Dubarry...

El Rey, molestado por la intriga que adivina como obra de Choiseul, se asoma a una de las ventanas de palacio diciendo:

—Quiero ver si el pueblo se atreve a desaprobar mis actos...

Y de nuevo se repiten las protestas y una nueva descarga deja sin vida a muchos de los que habían exteriorizado su desagrado.

Entonces comprende el Rey que debe reprimir con mano dura a su pueblo, y de ese modo empiezan a enconarse las pasiones...

Armando de Foix, que como oficial ha tenido que dar la orden de disparar contra el

pueblo, exclama al contemplar los muertos y heridos que las descargas han ocasionado:

—¡Todo por una favorita!...

..

Aquella misma noche tiene lugar una entrevista entre Armando y Juana.

Armando es conducido al aposento de Juana con los ojos vendados, y cuando se encuentra ante su antigua novia, no puede reprimir su cólera y la reprocha su conducta despreciándola:

—De modo que la famosa Dubarry eres tú... ¡Pues jamás podré volver a amarte!...

Y ella, dolida de esta palabra ofensiva, exclama:

—¡Es decir que para merecer este desprecio te he sacado de la cárcel primero y te he ascendido a oficial después!...

La llegada del Rey interrumpe el diálogo de los antiguos novios, y Armando, apremiante la dice:

—Pronto, Juana, decídete: ¡él o yo!...

Ella responde en suprema súplica:

—Sólo a ti te quiero, pero no me pidas que abandone este palacio... Es mi orgullo lo que me retiene aquí...

Armando se marcha, y en el jardín de palacio rasga su uniforme y rompe su espada diciendo:

—¡No puedo servir a un Rey que me roba lo máspreciado para mí!...

A partir de aquel momento, se inicia el movimiento revolucionario en el que toma parte activa Armando de Foix, que llega a ser nombrado secretario del Tribunal del Pueblo...

Ruge el huracán popular y Armando es de-



*... se inicia el movimiento revolucionario en el que toma parte activa Armando de Foix...*

tenido como desertor por haber abandonado el servicio de la Guardia de Palacio.

El odio que germina en el corazón de Armando le impulsa a vengarse, y preside una reunión de conspiradores que sorprende Juana, vestida de hombre, la cual permanece es-

tuchando los furibundos discursos del joven estudiante arengando al pueblo para que se vengue de la favorita a la que achaca la causa de todas las miserias que afligen al pueblo francés por las enormes sumas gastadas para sostener su fastuoso tren de vida.

Juana, al salir de la reunión, se encara con



*... para acusar a ésta y llevarla ante el Tribunal revolucionario...*

Armando al que reprocha la guerra que la hace, pero éste la contesta con acento despectivo:

—No pretendo nada; no quiero nada... Sólo aspiro a que tu recuerdo se borre de mi mente.

En tanto, el descontento popular cunde y al mismo tiempo el Rey contrae una extraña

enfermedad que le lleva rápidamente al sepulcro...

Ha llegado para la Dubarry el momento triste de su decadencia, que alcanza su grado máximo al morir el Rey...

Choiseul extrema su venganza hasta no permitir que la Dubarry vea el cadáver del Rey...



*... y ocurre que Armando de Foix, que es secretario del Tribunal, no puede impedir que la fatal sentencia...*

pero ella encuentra el fúnebre cortejo atravesando uno de los corredores de palacio y se abraza al ataúd, costando sobrehumanos esfuerzos el separarla del hombre que con su amor la había encumbrado hasta la misma cor-

te donde era temida y respetada hasta aquel momento.

El zapatero Paillet había sido encarcelado por haber faltado al respeto a la Dubarry, y de este detalle saca partido el populacho, para acusar a ésta y llevarla ante el tribunal revolucionario, que la condena a muerte...



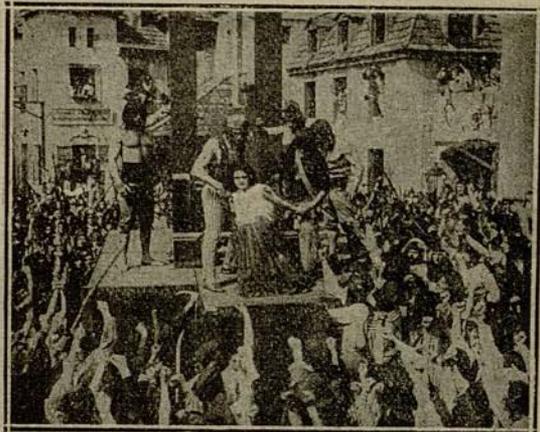
*... Una bala le hiere mortalmente en la cabeza, cayendo exánime junto a la mujer amada.*

..y ocurre que Armando de Foix, que es secretario del Tribunal, no puede impedir que la fatal sentencia sea aprobada entre el júbilo del pueblo que asiste al juicio.

Pero Armando siente que su deber es salvar a aquella mujer que no ha dejado de amarle y

se introduce vestido de fraile en los calabozos de los condenados a muerte.

—Toma: ponte mi traje y huye — apenas puede balbucir, porque es descubierto y acusado de traidor. Una bala le hiere mortalmente en la cabeza, cayendo exánime junto a la mujer amada...



*... y aquella cabeza que acariciaron manos reales y que se agitó traviesa y gallarda...*

Paillet, el zapatero que fué encerrado en la Bastilla por orden de la Dubarry, no cede a nadie el tomarse cumplida venganza y quiere conducirla personalmente al patíbulo para lo cual ha obtenido el correspondiente permiso.

Bulle la plebe alrededor de aquella figura

aristocrática que marcha resignada camino de la muerte... cuando la vida aun le sonrío, y en pleno triunfo vése abatida por la envidia cobarde que no perdona el haberse visto humillada...

Llega la carreta al pie de la guillotina, y aquella cabeza que acariciaron manos reales y que se agitó traviesa y gallarda entre las damas de la corte cae al golpe cruel de la guillotina que se riega con su sangre...

Así acabó la más hermosa mujer de Francia, la aprendiz de Madame Labille, la divina Juana Vaubernier, elevada por su belleza hasta el mismo trono de Francia...

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:  
EXTRAORDINARIO  
Sábado, 29 de Agosto

La preciosa producción dramática

## UNA PÁGINA EN BLANCO

Creación insuperable de los geniales  
artistas

FAY COMPTON,  
JACK BUCHANAN y otros.

Emoción — Realismo — Interés

64 páginas de texto. Portada a bicolor.  
Numerosas ilustraciones fotográficas.

Pcs' al-fotografía-regalo:  
HUGUETTE DUFLOS

Precio popular: 50 céntimos

COMPRE USTED EL MISMO SÁ-  
BADO, DÍA 29 DEL CORRIENTE,  
ESTA PRECIOSA NOVELA